

miento sin orden expresa del rey. Nada estaba dispuesto para la defensa del Milanesado; además La Palisse era un genio militar muy mediocre, dotado de valor indiscutible, pero sin ninguna decisión.

Al primer choque de los suizos y de los venecianos



Armadura de un caballero francés á principios del siglo XVI  
(Museo de Tzarskoe-Selo)

contra la pequeña plaza de Valeggio, comenzó la retirada de los franceses que no tardó en convertirse en huida hacia Cremona, Pizzighettone y Pavia. La Palisse regresó á Francia á fines de junio, seguido hasta los Alpes por partidas de mercenarios. Schinner, que en su lenguaje de demagogo escribía que los franceses habían emprendido la fuga como viles cortesanas (y aun empleaba una palabra más cruda), hizo su entrada solemne en Pavia en nombre del papa; nobles, burgue-

ses y plebeyos llenaban las calles por donde pasaba en litera, con la mano extendida en ademán de dar la bendición.

La muerte de Gastón de Foix había, por otra parte, roto el marco dentro del cual permanecía encerrada, desde hacía más de medio siglo, la cuestión de Navarra; en efecto, Gastón, con su hermana Germana, representaba los derechos de la casa de Narbona sobre Navarra, Bearne y Foix, y muerto él, Germana (en realidad su esposo Fernando de Aragón) había de consagrarse á hacer valer aquellos derechos con mayores recursos para salir con bien de su empeño. Ahora bien, Luis XII no había cesado de formular por todos los medios posibles las pretensiones de los Narbona, cuando podían ser ejercidas en nombre de su sobrino; pero muerto éste, trató de cambiar radicalmente de posición. Dos días después de recibida la noticia del fallecimiento de Gastón, celebráronse en Blois con los Albret varias conferencias, á las cuales opuso no pocos obstáculos la malevolencia de la reina Ana, «la mayor enemiga que por aquí tenemos,» como decían los navarros. No se firmó un tratado propiamente dicho, por más que lo afirmara Fernando, y el documento cuyo texto propagó cuando entró en Navarra, era un documento falso preparado como pretexto para la invasión. Cuando los contratantes de Blois se declaraban «amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos,» referíanse sin duda á los aragoneses, pero no directamente á Fernando, manteniéndose los Albret oficialmente neutrales.

A decir verdad, el rey de Aragón pensaba, desde hacía mucho tiempo, en la invasión de Navarra, y habiéndose negado los navarros á acceder á su petición de que se adhirieran á la Santa Liga, las tropas españolas invadieron aquel país y se apoderaron de Pamplona; el resto de Navarra se sometió casi sin lucha. A Fernando le sirvió muy particularmente en aquella ocasión su alianza con el papa.

El Soberano Pontífice, á pretexto de que los Albret se habían adherido al concilio de Pisa, convocado por Luis XII, había lanzado contra ellos una bula de excomunión: «El rey de Francia ha arrastrado en el cisma á los vascos y á los cántabros y á todas las naciones circunvecinas que siempre habían sido adictas á la Santa Sede. Por esto advertimos á todos y á cada uno de los fieles de Cristo, y en especial á los vascos y á los cántabros y á sus vecinos, que la sentencia de excomunión mayor queda pronunciada contra toda persona que dentro de los tres días de la publicación de las presentes no haya hecho sumisión á la Santa Sede y se haya armado contra nosotros ó contra uno de los aliados de la Sede apostólica, ó que haya recibido subsidios del dicho rey Luis y de los cismáticos ó haya firmado con él alianza.» El rey de Aragón publicó esta bula en 21 de agosto en la iglesia de Calahorra y se aprovechó de ella para declarar á los Albret desposeídos de sus derechos y para tomar en septiembre el título de rey de Navarra que daba á su conquista un carácter definitivo (1).

Para prevenir cualquier cambio ofensivo, contaba con la intervención de Enrique VIII, el cual había en-

(1) Respecto de todos estos hechos, véase Boissonnade, obra citada.

viado 10.000 hombres á Guiena; pero como los ingleses estaban muy indignados al ver que Fernando enviaba sus fuerzas á Navarra, tomaron por pretexto las lluvias de octubre para reembarcarse.

Parecía entonces llegada la ocasión de que los franceses recuperaran las ventajas perdidas. El gobierno había hecho grandes esfuerzos; Francisco de Angulema, nombrado con La Palisse jefe del ejército, aportaba á éste el prestigio de su nombre, y Fernando «gemía bajo su mala suerte.» Sin embargo, La Palisse, sea que realmente fuera inferior á su fortuna, sea que tuviera una vez más la desgracia de verse colocado en malas condiciones (pues Francisco de Angulema resultó ser un perturbador, inepto al par que temerario), no entró en Navarra sino para fracasar delante de Pam-

El rey encontró en el emperador un partidario de su proyecto de provocar la reunión de un concilio general que decidiera acerca de la reforma de la Iglesia y de la deposición del papa. La cuestión de la reforma agitaba sobre todo á Alemania, en donde Maximiliano pensaba en dar más independencia á la Iglesia, obteniendo la institución de un legado indígena, ó volvía á su antiguo proyecto de establecer una Pragmática sanción, como la Pragmática francesa, de la que enviaba un ejemplar al sabio Wimpeling, que gozaba en Europa de una autoridad moral indiscutible.

El rey de España, á quien se había consultado, negóse á unirse á Maximiliano y á Luis XII, pero éstos contaban con el apoyo de cinco cardenales que, arrojados de Roma por las violencias del papa, se habían refugiado



Medalla conmemorativa del papa Julio II, obra del escultor milanés Caradosso

plona, viéndose obligado á emprender una retirada desastrosa, en medio de las nieves y de los hielos, en diciembre de 1512. Navarra estaba militarmente perdida. Los Albret iban á consagrarse desesperadamente á salvarla por medio de combinaciones políticas; pero Luis XII y Francisco I aun en las ocasiones en que intervinieron en su favor, lo hicieron con una indiferencia apenas disimulada, pues tenían siempre puesta en otra parte su atención.

#### VI.—Los dos concilios (1)

Mientras estos acontecimientos políticos y militares ocurrían en Italia y en las fronteras de Francia, Luis XII y Julio II habíanse combatido en los concilios.

El monarca francés había concebido la idea poco hábil de mezclar los asuntos religiosos con los guerreros. Quizás la situación que había ocupado Jorge de Amboise, legado perpetuo en Francia y en Aviñón, sus manifestas aspiraciones á ocupar el solio pontificio y sus proyectos más ó menos vagos de reforma habían predispuerto al rey y á algunos de los que le rodeaban á considerar que Francia podía ponerse enfrente del pontificado; pero sea cual fuere el juicio que se forme del valor político de Jorge de Amboise, es lo cierto que, después de su muerte, la Iglesia francesa carecía de jefe para una empresa grande.

(1) Sandret, *Le concile de Pise de 1511*, «Revue des Questions Historiques,» tomo XXXIV, 1883.

en Milán, y entre los cuales figuraba el español Bernardino de Carvajal, personalidad muy respetable y respetada. Luis XII había enviado comisarios á Julio II para pedirle que convocara un concilio, y habiéndose el papa negado á ello, tomó la iniciativa de la reunión. Los cinco cardenales se encontraron en Milán y publicaron en 16 de mayo letras de convocatoria á las que siguieron otras, casi idénticas, publicadas por Luis XII y Maximiliano. Fundábanse éstos en un artículo del concilio de Constanza que había decretado la celebración de un concilio ecuménico cada diez años y en el juramento prestado por Julio II en 1503 de reunir lo más pronto posible á los representantes de la Iglesia: «Vista la necesidad de un concilio, y visto el decreto *Frequens* del concilio de Constanza, y considerando la negligencia del papa y la violación por su parte del juramento prestado en el cónclave, los representantes del emperador romano alemán y del rey muy cristiano han propuesto la convocación de un concilio general.» En 28 de mayo, Julio II encontró fijada en las puertas de la iglesia de San Francisco de Rímini la citación para que compareciera en el concilio, cuya apertura se fijaba para el 1.º de septiembre y que debía celebrarse en Pisa. Esto es lo que Maquiavelo llamaba «arrojar un concilio á la cabeza de un papa.»

Julio II se había apercibido á la lucha desde 1510 y anticipadamente la exasperaba con sus brutalidades. Había encarcelado sin motivo alguno en el castillo de San Angelo al cardenal de Clermont, y en 10 de marzo de 1511 había de un solo golpe hecho una promoción



de ocho cardenales á fin de asegurarse la cooperación de hechuras suyas, teniendo buen cuidado de incluir en ella á Mateo Schinner, que le daba la Suiza y el ducado de York y le permitía esperar la benevolencia de Enrique VIII, y reservando un noveno capelo al obispo de Gurck, pues contaba con que un día ú otro Alemania estaría á su lado. Finalmente, en 18 de julio convocó un concilio general en Roma para el 19 de abril de 1512.

El concilio de Pisa se reunió en las peores circunstancias. Maximiliano mostrábase cada vez más frío, sintiéndose ya dispuesto á abandonar la alianza francesa. El gobierno francés trató de excitar á la opinión, sirviéndose para ello de algunos escritores que obraban por cuenta suya, como Juan de Autón y Le Maire de Belges, ó concediendo licencia á las osadías de los poetas independientes que representaban algo del antiguo espíritu á la vez galicano y democrático. Le Maire publicó el *Traité des Concilies et des Schismes* (*Tratado de los Concilios y de los Cismas*), y Gringoire hizo representar la *Chasse du Cerf des Cerfs* (*Caza del Ciervo de los Ciervos*), con un detestable juego de palabras sobre el *servus servorum Dei*, y la *Moralité de l'homme obstiné* (*Moralidad del hombre obstinado*); pero aparte de algunas alusiones á las circunstancias de actualidad, no se encuentra en todas estas producciones nada que sobrepuje á las audacias habituales del espíritu laico, y aun del clerical, de la Edad media y el efecto de las mismas no salía de un círculo muy limitado de lectores.

El clero italiano, en general, permaneció fiel al papado. Florencia no había autorizado sin mucha repugnancia la designación de Pisa como residencia del concilio, pues en aquellos momentos luchaba contra una tentativa de los Médicis para recobrar el poder y comprendía cuán peligroso era para ella excitar la malevolencia del papa.

El día 1.º de noviembre encontráronse reunidos siete cardenales, dos arzobispos, catorce obispos, cinco abades y un cierto número de teólogos y jurisconsultos (1), casi todos franceses, los cuales fueron recibidos en Pisa con mucha frialdad. Por haberles sido denegada la catedral hubieron de celebrar en otro templo las sesiones, la primera de las cuales se fijó para el 5 de noviembre. Un testigo ocular refiere las solemnidades de aquella sesión inaugural y habla de las ceremonias *grandes et inaudites* que en ella se celebraron, tales como la misa dicha por Carvajal, cardenal de Santa Cruz, los cantos solemnes, el discurso pronunciado por aquél y que, según parece, causó viva admiración, la proclamación hecha por Guillermo Briçonnet de los cinco decretos en que el concilio se fundaba, la presidencia conferida por aclamación al cardenal antes citado y el *Te Deum* final. Pero cuando este testigo se ve precisado á enumerar los miembros de aquella asamblea, la lista de los mismos no resulta imponente ni mucho menos.

Después de dos sesiones, celebradas en 7 y 12 de noviembre, trasladóse el concilio á Milán, no sin que antes se retiraran de él muchos de sus miembros; pero, á pesar de la presencia de los franceses en aquella ciudad, no fué en ella mejor recibido. Por otra parte, no parecía sino que la mala suerte perseguía á los padres del concilio, porque sus reuniones coincidieron con la

(1) Más tarde fueron á reunirse con los miembros de la asamblea otros ocho obispos franceses.

invasión suiza: las sesiones cuarta y quinta celebráronse en 4 de enero y 11 de febrero de 1512 y la sexta en 11 de marzo, en plena guerra. Los padres intimaron al papa que compareciera bajo pena de ser declarado contumaz: «Dos obispos, el de Chalóns y el de Saint-Flour, revestidos de pontifical, gritaron desde lo alto del altar: «¿Está aquí el papa Julio, ó hay alguien que le represente?» Y después, en medio de la nave y á la puerta del templo, repitieron tres veces el mismo llamamiento. Y habiendo éste quedado sin respuesta, el papa fué declarado contumaz.» Las sesiones séptima y octava se celebraron en 19 y 21 de abril, y después de nuevas citaciones leyóse el siguiente decreto: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Sacro Concilio general representante de la Iglesia universal, reunido en Pisa en nombre del Espíritu Santo y trasladado á Milán, decreta... que el papa ha incurrido en las penas establecidas en los santos decretos de los concilios de Constanza y de Basilea, y pronunciamos que quede suspenso de toda administración pontificia, la cual vuelve por derecho pleno al presente concilio.»

Pero á todo esto Gastón de Foix había muerto en Rávena, y cuando el ejército francés hubo de abandonar el Milanesado, los miembros del concilio no tuvieron más remedio que seguir la precipitada retirada de las tropas, trasladándose de este modo á Asti y luego, en revuelta confusión con los soldados de La Palisse, á Lyon, en donde el concilio se disolvió.

En aquel mismo momento Julio II triunfaba como soberano espiritual á la vez que como soberano temporal: «La fortuna que hasta entonces tanto le había maltratado, dice Guichardin, trabajó sin descanso para asegurar su grandeza.»

Cuando los franceses evacuaban la Romaña, inaugurábase, en 3 de mayo de 1512, el concilio de Letrán al cual asistió el papa vestido de pontifical y acompañado de todos los miembros del Sacro Colegio, y en el que se recibieron adhesiones de Italia, de Hungría, de España y de Inglaterra; sólo el obispo de Gurck no tomó parte en él hasta el mes de noviembre, cuando se firmó el convenio político del papa con Maximiliano. Aquella asamblea, reunida en pleno triunfo del papado, demuestra de una manera evidente lo limitado de las concepciones religiosas de Julio II y de las de la Iglesia; en efecto, dedicóse principalmente á combatir y á destruir el concilio de Pisa (obra que ya se habían encargado de realizar los acontecimientos), á proclamar de un modo solemne la unidad de la Iglesia, á restablecer la teoría absolutista que aseguraba al papa el derecho exclusivo de convocar los concilios, y á condenar la Pragmática y las libertades particulares de las iglesias. En cambio, en punto á la reforma eclesiástica sólo se habló de ella en la fraseología de los discursos generales, comenzando por el de Julio II: sobre este asunto, el más grave de todos, no podía esperarse nada del papado, tal como había éste salido de la Italia del siglo xv.

#### VII.—Pérdida del Milanesado

Maximiliano, que de hecho había abandonado desde hacía tiempo la alianza francesa, entró en la Santa Liga en 13 de noviembre de 1512. En aquel entonces hallábase Europa en plena confusión diplomática, ante la cual

desaparecen casi por completo los hechos de guerra. Maximiliano, Luis XII, Venecia y Julio II solicitan al mismo tiempo á los suizos, quienes á todos prestan oídos por igual. El papa y el rey de Aragón parecen dispuestos á firmar la paz con Francia en el momento en que andan en negociaciones contra ella con el emperador y con Inglaterra, y Venecia presenta por delante tres tratados con los distintos beligerantes. Y sin embargo, puede decirse que hay en esto tanta inexperiencia como doblez; la frase *buena paz universal*, que tan frecuentemente se emplea en los despachos, aun más que una hipocresía era un señuelo.

El Milanesado, por desgracia suya, estaba destinado á ser como el centro de toda la historia de aquel tiempo, así en la política como en la guerra. Cuando los suizos, poco después de la jornada de Rávena, hubieron expulsado de allí á los franceses, el arreglo de los asuntos hizo estallar en aquel territorio el conflicto de las ambiciones y concentrar los esfuerzos y las miradas de los diplomáticos, de Nuremberga á Madrid y desde París á Roma.

Julio II se creía dueño de la situación: Venecia, su aliada, estaba harto debilitada para estorbarle, y en cuanto á Fernando, ocupábase lanzándole contra Navarra. Mas no había contado con un hecho nuevo: los suizos, abandonando su papel de mercenarios, entraron resueltamente en la alta política. Habiéndose impuesto á los milaneses un juramento de fidelidad al papa, á Fernando y á Venecia, la Dieta ordenó que aquel juramento comprendiera también á los Cantones; de suerte que en lo sucesivo habría cuatro copartícipes en el *condominium*, cada uno de los cuales, por otra parte, hacía valer sus pretensiones sobre todo el ducado ó sobre una parte de él. Y si á ellos añadimos el emperador y el rey de Francia, habremos de reconocer la exactitud del cuadro trazado á grandes rasgos por el canciller milanés Morone: «Veo dominar en todas partes la pasión, el caos profundo, la confesión en las cosas. Parece esto un abismo que se tragará la sangre de toda Italia.»

Los suizos, que ya habían ocupado Domo d'Ossola, Lugano y Lucarno, tenían puestos los ojos en Como y en Novara; el marqués de Mantua reclamaba Peschiera, el duque de Saboya Verceil, los venecianos las ciudades de Lombardia, que perdieran en 1509, y el papa Parma y Plasencia. Los comandantes franceses que se habían quedado en la península entregaron Brescia á las tropas de Aragón y Peschiera á las del emperador, á fin de complicar más la situación, y entonces comenzaron las desavenencias: los suizos, Venecia y el papa se declararon favorables á la restauración de los Sforza, en tanto que Maximiliano insinuaba la candidatura de Carlos de Austria; pero ni las pequeñas habilidades del emperador, ni sus discretas tentativas, ni sus subterfugios podían contrarrestar el deseo de los milaneses de tener por duque á Maximiliano Sforza, ni el espíritu de decisión brutal é irresistible de los suizos y del papa.

Maximiliano Sforza entró, pues, en Milán en 29 de diciembre, y los embajadores de los cantones fueron los que, á pesar de la oposición del emperador y del rey de Aragón, le entregaron con sus propias manos las llaves de la ciudad; y el nuevo duque, por boca de un orador milanés, reconoció que debía toda su fortuna á la Confederación y que jamás lo olvidaría.

En aquel entonces falleció Julio II (20 de febrero de

1513). De todos los «bárbaros» únicamente había conseguido expulsar de Italia á los franceses. Gregorovius y Villari han emitido acerca de este papa el siguiente juicio, que, con algunas ligeras modificaciones, podemos aceptar: «Julio II no fué el primer papa que dirigió una guerra; sin embargo, la historia no conoce otro que haya guerreado con una pasión tan personal. Guiado siempre por la idea de reconquistar las provincias que, según decía, le habían sido robadas, puso en movimiento á Europa entera y en sus manos tuvo la política general, sin que pueda decirse si fué con ventaja ó en detrimento de Italia. Las proporciones gigantescas que los hechos revistieron casi inmediatamente habían de



Juan Galeazo, cuadro de Bernardino Luini

dejar una impresión profunda en los espíritus.» No se diga, empero, como han afirmado algunos, que con él comienza una nueva era, puesto que nada inició, ni en la política ni en la civilización. Desde los tiempos de Carlos VIII y Luis XII, los diferentes Estados de Europa habían tomado posiciones en los negocios de la península, y sus combinaciones, por muy oscilantes que fuesen, giraban, por lo general, alrededor de la idea de una coalición contra Francia. Julio II, á lo sumo, supo ver las malas voluntades contra nuestro país y tuvo una pasión bastante poderosa para sobreexcitarlas.

Su muerte, por consiguiente, no modificó profundamente la situación de las cosas. Los cardenales pusieron pronto de acuerdo sobre la elección de papa, siendo elegido en 11 de marzo el cardenal de Médicis, que tomó el nombre de León X. Los amigos y los adversarios del nuevo pontífice consideráronle unánimemente como un pontífice más inclinado á la paz que á la guerra, y aunque mal dispuesto respecto de Francia, mucho menos áspero y rencoroso que su predecesor. Dotado de una inteligencia y de un alma medianas, desde el primero hasta el último día se dejará llevar por los acontecimientos.

A principios de 1513, Francia tenía que luchar contra la coalición del papa, del emperador, del rey de Aragón, del rey de Inglaterra y de los suizos, por lo que aproximóse á Venecia, que tenía las pretensiones del papa, del emperador y de España sobre Italia, y firmó